

PERSONAJES.

JULIO CÉSAR.	
OCTAVIO CÉSAR...	} Triunviros después de la muerte de César.
MARCO ANTONIO...	
M. EMILIO LÉPIDO.	
CICERÓN.....	} Senadores.
PUBLIO.....	
POPILIO LENA.....	
MARCO BRUTO.....	} Conspiradores.
CASIO.....	
CASCA.....	
TREBONIO.....	
LIGARIO.....	
DECIO BRUTO.....	
METELO CÍMBER...	
CINA.....	} Tribunos.
FLAVIO.....	
MARULO.....	
ARTEMIDORO, sofista de Gnido.	
UN ADIVINO.	
CINA, un poeta.	
OTRO POETA.	
LUCILO.....	} Amigos de Bruto y Casio.
TITINO.....	
MESALA.....	
CATÓN, el joven....	
VOLUMNIO.....	
VARRO.....	} Siervos de Bruto.
CLITO.....	
CLAUDIO.....	
ESTRATO.....	
LUCIO.....	
DARDANIO.....	
PÍNDARO, siervo de Casio.	
CALPURNIA, mujer de César.	
PORCIA, mujer de Bruto.	
<i>Senadores, ciudadanos, guardias, servidores, etc.</i>	

La escena pasa en los tres primeros actos en Roma. El cuarto en Sardis y el quinto en Filipos.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Roma.—Una calle.

Entran FLAVIO, MARULO y una turba de CIUDADANOS.

FLAVIO. Idos á vuestras casas, gente ociosa.
A vuestras casas. ¿Por ventura es fiesta?
¿Qué! ¿no habéis que siendo menestrales
Debéis llevar en días de trabajo
De vuestra profesión el distintivo?
Hábla, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 1.° Carpintero.

MARULO. ¿Dónde está tu mandil? ¿dónde tu regla?
¿Por qué te vistes tus mejores galas?
Y tú, ¿qué oficio tienes?

CIUD. 2.° Francamente,
con relación á trabajos finos, no hago, como si dijera-
mos, más que remendar.

MARULO.—¿Pero qué oficio es el tuyo? Contesta de se-
guida.

CIUD. 2.°—Oficio, señor, que espero seguir con la con-

ciencia limpia, pues compongo lo que el roce del mundo desgasta.

MARULO.—Bribón, ¿qué oficio? Bribonazo, ¿qué oficio?

CIUD. 2.º—Suplico que no te descompongas; pero si te descompones, puedo componerte.

MARULO.—¿Qué quieres decir con eso? ¡Componerme, tu-nante!

CIUD. 2.º—Sí, señor, remendaros.

MARULO.—Con que ores remendón, ¿no es eso?

CIUD. 2.º—Verdaderamente, vivo sólo de la chabeta; y no me meto ni en negocios ni con mujeres para no perderla. Soy, hablando con propiedad, cirujano de calzas viejas: cuando están lisiadas, yo las curo. Hombres tan de pro como los que más, han hecho camino con mis obras.

FLAVIO.—Pero ¿por qué no estás hoy en tu tienda? ¿Por qué vas capitaneando á estas gentes por las calles?

CIUD. 2.º—Francamente, para que gasten el calzado y procurarme mayor parroquia; pero, á decir verdad, holgamos por ver á César y regocijarnos en su triunfo.

MARULO. ¿Por qué regocijaros? ¿qué conquista Consiguí? ¿qué cautivos hoy en Roma Son de las ruedas de su carro adorno? Torpes, estultos, seres insensibles, Pechos de pedernal, crueles Romanos, ¿Olvidáis á Pompeyo? ¿Cuántas veces Muros, resaltes, torres y ventanas Ocupasteis, llevando á vuestros hijos En brazos, y esperasteis todo un día Allí pacientes para ver de Roma Al gran Pompeyo atravesar las calles? ¿Y su carroza al divisar, no hendieron Vuestros gritos los aires de tal modo Que el Tiber en su cauce retemblaba Al escuchar los repetidos ecos

Que en sus cóncavas márgenes vibraron?
 ¡Y ahora os ponéis vuestro mejor vestido?
 ¡Y ahora queréis fraguaros una fiesta?
 ¡Y ahora esparcís en su sendero flores
 Porque pisó la sangre de Pompeyo?
 Idos:

Idos á vuestras casas. De rodillas
 Impetrad de los Dioses que las plagas
 Que pidé tanta ingratitud suspendan.
 FLAVIO. Idos, paisanos míos. Penitentes,
 A los hombres reunid de vuestra clase,
 Y al Tiber id; y con el llanto vuestro
 Sus afluentes acreced de modo
 Que sus orillas más excelsas besen.

(Vanse los ciudadanos.)

¡Mira cómo cedió su temple rudo!
 ¡Huyen amordazados por su culpa!
 Del Capitolio tá la senda toma.
 Yo por aquí. Despoja á sus estatuas
 De todo adorno.

MARULO. ¿Pero puede hacerse?
 Hoy son las Lupercales. Bien te consta.

FLAVIO. Imparta poco. Ni una imagen deja
 De César con trofeos adornada:
 Yo arrojaré á las turbas de las calles,
 Y tú también si ves reunirse grupos.
 Las plumas estas, por demás crecidas,
 Que á las alas de César arrancamos,
 Harán que vuelo más rastrero tome;
 Pues si no, lo perdiéramos de vista,
 Sumiendo á todos en servil espanto. (Vanse.)

ESCENA II.

Roma.—Una plaza pública.

Entran, procesión con música, CÉSAR, ANTONIO ataviado para las carreras, CALPURNIA, PORCIA, DECIO, CIGERÓN, BRUTO, CASIO y CASCA. Gran muchedumbre los sigue, entre ellos un ADIVINO.

CÉSAR. ¡Calpurnia!

CASCA. Callen todos. César habla.
(Cesa la música.)

CÉSAR. ¡Calpurnia!

CALPUR. ¿Qué, señor?

CÉSAR. Cuando corriere

Antonio, ponte en su camino.—¡Antonio!

ANTONIO. César, Señor.

CÉSAR. Antonio, no te olvides
De tocar á Calpurnia cuando corras.
Los viejos dicen que mujer estéril
Que se tocara en tan sagrado curso,
Será fecunda.

ANTONIO. Lo tendré presente.

Si dice César «Eso harás,» se hace. (Música.)

CÉSAR. Seguid. No falte ceremonia alguna.

ADIVINO. ¡César!

CÉSAR. ¿Quién llama?

CASCA. Que se callen todos.

Silencio ya. (Cesa la música.)

CÉSAR. ¿Quién es el que me llama?

Más fuerte que la música, vibrante

Humana voz oigo gritarme «¡César!»

Habla, que César se dispone á oírte.

ADIVINO. De los idus de marzo desconfía.

CÉSAR. ¿Quién es?

BRUTO. Un adivino que guardarte

De los idus de marzo te aconseja.

CÉSAR. Traiganlo aquí. Le quiero ver el rostro.

CASIO. Sal tú de entre la turba; mira á César.

CÉSAR. Ahora ¿qué dice? Habla nuevamente.

ADIVINO. De los idus de marzo desconfía.

CÉSAR. Un soñador. Dejémosle.—Adelante.

(Música. Vanse todos menos Bruto y Casio.)

CASIO. ¿Vas á ver cómo salen las carreras?

BRUTO. No tal.

CASIO. Te lo suplico.

BRUTO.

No me gustan

Los juegos. Algo de ese genio alegre

Que en Antonio se ostenta, me hace falta.

Pero tus gustos impedir no quiero.

Te dejo, Casio.

CASIO.

Bruto, he observado

Que de los ojos tuyos la indulgencia

Y el cariño de antes no recibo;

Y tu reserva y tu frialdad son hartas

Para el amigo que te quiere.

BRUTO.

Casio,

Te equivocas. Velar mis ojos quise,

Para que yo tan solo percibiese

El dolor que se asoma á mi semblante.

Por contrarias pasiones conmovido

No encuentro: por ideas que me callo,

Fundamento, quizás, de mi conducta.

Así que mis amigos no se ofendan,

Y entre ellos sabes, Casio, que te cuento.

Ni penséis que motiva mi desvío

Ninguna otra razón, sino que olvida
Su amor á los demás el triste Bruto.
En esta lucha que consigo trae.

CASIO. Mal, Bruto, entonces te juzgué. Por eso
Importantes ideas, serias dudas
He sepultado en este pecho mío.
Dí, Bruto, ¿puedes tú verte la cara?

BRUTO. No, Casio. No se pueden ver mis ojos
Si otro objeto no logra reflejarlos.

CASIO. Verdad; y es grande lástima que espejo,
Bruto, tú no poseas que refleje
A tus ojos tus méritos ocultos,
Y así tu imagen contemplar podrías.
A la gente mejor que Roma encierra—
Excepto César inmortal—hablando
De Bruto, oí decir, al lamentarse
Del triste yugo que esta edad soporta:
Que ojalá que los ojos Bruto abriera.

BRUTO. ¿A qué peligros me conduces, Casio,
Que en mí lo que no hay quieres que busque?

CASIO. Escucha, entonces, Bruto; y ya que sabes
Que sólo por reflejo puedes verte,
Tu espejo yo, descubriré modesto
Lo que existe en tu sér que no conoces.
Y no dudes de mí, Bruto querido,
Que nunca fui chancero, ni acostumbro
Con juramentos sazonar protestas
De amistad á cualquier advenedizo.
Si imaginas que adulo, que á persona
Que á mi pecho he estrechado vilipendio,
O si te consta que en festines hica
Protestas de amistad á todo el mundo,
Por hombre entonces peligroso tenme.

(Clarines y gritos.)

BRUTO. ¿Qué significan estos gritos? Temo
Que aclama por su rey la gente á César.

CASIO. ¡Ah, lo temes! ¿no es cierto? Pues entonces
Debo pensar que no te agrada.

BRUTO. Casio,
Es verdad; y le quiero bien no obstante.
Mas ¿por qué me detienes tanto tiempo?
¿Qué me quieres decir? Si fuere cosa
Que con el bien común se relacione,
Pon la honra y la muerte ante mis ojos,
Y con igual impavidez la vista
En ambas fijaré. Porque á los Dioses
Juro yo que es mi amor de la honra al nombre
Más grande que mi miedo de la muerte.

CASIO. Tu ingénita virtud conozco, Bruto,
Lo mismo que conozco tu semblante.
Pues bien: se trata de la honra. Ignoro
Lo que pensáis tú y otros de esta vida.
En cuanto á mí, mejor vivir no quiero
Que vivir y temer á un semejante.
Libre nací cual César. Tú lo propio.
Ambos fuimos cual él alimentados;
Y ambos podemos soportar el frío
Del invierno cual él; pues cierto día
Tempestuoso y crudo, en que luchaba
Con sus playas el Tíber agitado,
César me dijo: «Casio, ¿te atreverías
A echarte en la colérica corriente
Y aquel punto alcanzar?» Con mi armadura
Vestido como estaba, al escucharlo,
Me arrojé, convidándole á seguirme.
Y lo hizo. Rugía la corriente
Que con músculos rudos azotamos,
Abriéndonos camino al afrontarla

Con intrépidos pechos; pero antes
 De llegar á aquel punto, César grita:
 «Dame tu auxilio, Casio, ó me sumerjo.»
 Cual nuestro insigne antecesor Eneas
 De la incendiada Troya al viejo Anquises
 Sacó sobre sus hombros, yo al cansado
 César saqué del Tiber; y este hombre
 Ahora es un Dios, y Casio un miserable
 Que el cuerpo tiene que inclinar si acaso
 César le inclina, al verle la cabeza.
 En España, una vez que fiebre tuvo,
 Observé cual temblaba en el acceso.
 No; no lo dudes.—¡Este Dios temblaba!
 Huyó el color de sus cobardes labios;
 Y esos ojos, que espanto al mundo infunden,
 Su luz perdieron. Le escuché quejarse,
 Sí tal; y era su voz que á los Romanos
 Aconsejó la oyeran y en sus libros
 Sus frases escribir—¡quién lo creería!—
 «Titino, dame de beber,» gritaba,
 Como niña doliente. Causa asombro,
 ¡Oh Dioses! que hombre de tan débil fibra
 Sea el primero de este inmenso mundo
 Y se lleve la palma. (Clarines y gritos.)

BRUTO.

¡Aun mas aclamaciones!

Me pienso que motiván los aplausos
 Nuevos honores con que á César brindan.
 CASIO. ¡Vaya! Se apoya sobre el mundo estrecho
 Cual coloso. Nosotros ¡pobres hombres!
 Bajo sus grandes piernas caminamos
 En pos de deshonrosas sepulturas.
 Es de su suerte dueño el hombre á veces;
 No es culpa de los astros, caro Bruto,
 Es culpa nuestra que vivamos siervos.

¡César y Bruto! ¡Qué hay en ese César?
 ¡Por qué ese nombre suena más que el tuyo?
 Escritos, son iguales: pronunciados,
 Igual cadencia tienen. Si se pesan,
 Pesan lo mismo. Conjurar se puede
 Con ambos, y un espíritu tan presto
 Con Bruto se alzaré como con César.
 Pues bien, en nombre de los Dioses todos,
 Para tan grande ser el César este,
 ¿De qué se alimentó? ¡Funesto siglo!
 Tu raza, Roma, de preclara sangre
 No existe ya. Desde el diluvio, ¿cuándo
 Hubo época alguna en que existiera
 Un hombre nada más digno de fama?
 ¿Quién jamás, al hablar de Roma, dijo
 Hasta este instante, que sus anchos muros
 Un hombre solamente contentan?
 Ya Roma es grande... y por demás, pues sólo
 Un hombre en ella vive. ¡Oh! nuestros padres
 Á tí y á mí de un Bruto nos contaron
 Que su solio asentar dejara en Roma
 Al diablo antes que á un rey.
 BRUTO. Tu amistad ni un instante pongo en duda.
 Tus fines, incitándome, vislumbro.
 Cómo y cuándo he pensado en estas cosas
 Sabrás más adelante. Por ahora,
 Por mi amistad te lo suplico, cesa
 De conmoverme más. Lo que me has dicho
 Pesaré. Lo que tengas que decirme
 Oiré con atención, y tiempo propio
 Para oír y tratar tan importantes
 Asuntos buscaré. Mi buen amigo,
 Hasta ese instante lo que digo rumia.
 Bruto más se estimara ruin villano,

Que cual hijo de Roma se estimara
Soportando las duras condiciones
Que estos tiempos acaso nos impongan.

CASIO. Celebro que mis débiles palabras
De Bruto al menos estas obispas saquen.

BRUTO. Los juegos terminaron. César vuelve.

CASIO. De la manga al pasar á Casca tira:
Te contará con su acritud de siempre
Cuanto hubiere ocurrido de importancia.
(Vuelve á entrar César con su séquito.)

BRUTO. Así lo pienso hacer; mas mira, Casio;
La cólera en la faz de César arde;
Azorados están los que le siguen,
Pálida la mejilla de Calpurnia;
Y Cicerón, cual comadreja, chispas
Va echando por los ojos, como suele
Cuando algún senador le contradice.

CASIO. Casca nos contará lo que ha ocurrido.

CÉSAR. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡César!

CÉSAR. Haz que me circunde
Gente obesa y peinada y que no vele.
¡Qué flaco! ¡qué famélica apariencia
Es la de Casio! Por demás cavila,
Y tales hombres son muy peligrosos.

ANTONIO. No es peligroso, no le temas, César;
Es honrado Romano y bien dispuesto.

CÉSAR. ¡Más grueso lo quisiera! Mas ¡no importa!
Y, sin embargo, si al temor sensible
Fuera mi sér, de nadie recelara
Cual de ese enjuto Casio. Mucho estudia;
Es grán observador, y los motivos
Ve de humanas acciones. Nunca, Antonio,
Cual asistes, asiste á las comedias;

No oye música, rara vez sonrío,
O sonrío de modo que parece
Mofarse de sí mismo, despreciando
El buen humor que á sonreír le obliga.
Tales hombres jamás dioha disfrutan
Mientras ven otro que les hace sombra,
Y son peligrosísimos por tanto.
Te digo yo lo que temerse debe,
No lo que temo yo: siempre soy César.
A mi diestra colócate; soy sordo
De este oído. Qué piensas de él deseo
Que con completa ingenuidad me digas.
(Vanse César y su séquito, excepto Casca.)

CASCA.—Me tiraste del manto. ¿Querías hablarme?

BRUTO.—Sí, Casca. Cuéntanos qué ha pasado hoy y qué
motiva el que César esté tan abatido.

CASCA.—Pues le ofrecieron una corona; y, ofrecida
que le fué, la apartó de sí con la mano, y el pueblo le
vitoreó.

BRUTO.—¿Qué motivó el segundo clamoreo?

CASCA.—Pues lo mismo.

CASIO.—Gritaron tres veces. ¿Qué motivó la última aclamación?

CASCA.—Pues lo mismo.

BRUTO.—¿Le ofrecieron tres veces la corona?

CASCA.—**Sí, señor, y la apartó de sí tres veces; pero cada
vez con más suavidad, y cada vez que la apartaba de sí
mis humildísimos convecinos le vitoreaban.**

CASIO.—¿Quién le ofreció la corona?

CASCA.—Pues Antonio.

BRUTO.—Dínos cómo, amigo Casca.

CASCA.—Ahórquenme si puedo decir cómo fué aquello.
Fué una pura farsa, y no presté atención. Ví á Marco Antonio
ofrecerle una corona, que, á derechas, no era una co-

rona, sino una especie de diadema; y, como os decía, la separó de sí una vez; pero aunque eso hizo, á mí me pareció como que la quería atrapar. Luego se la ofreció otra vez, y nuevamente la apartó de sí, pero á mí me pareció como que le disgustaba separársela de sus manos; y luego se la ofreció la tercera vez, y la apartó de sí por tercera vez; y, mientras que así la rehusaba, la chusma gritaba y aplaudía con sus callosas manos, echando al aire sus sudosos gorros y exhalando tantos y tan apestosos clamoreos porque César había rehusado la corona, que casi lo asfixiaron, pues se desmayó y cayó redondo. Yo, por mi parte, no me atreví á reirme, por temor de que al abrir mi labio se me colase ese aire inmundito.

CASIO.—Pero, párate, te ruego. ¿Se desmayó César?

CASCA.—Cayó al suelo en la plaza, echando espumarajos por la boca y quedó sin habla.

BRUTO.—Es probable. Padece el mal caduco.

CASIO.—No; César no tiene ese mal. Tú y yo y el honrado Casca, si que tenemos el mal caduco.

CASCA.—No sé qué quieres decir con eso, pero estoy seguro de que César cayó al suelo. Y era de ver cómo le turbamulta le aplaudía ó le silbaba, del mismo modo que hacen con los cómicos en el teatro.

BRUTO.—¿Qué dijo cuando volvió en sí?

CASCA.—¡Vaya! antes de caer y cuando se enteró de que la muchedumbre se alegraba de que rehusara la corona, desabrochóse, presentando su cuello para que se lo cortasen. ¡Váyame al infierno entre los réprobos si, á ser del oficio, no le hubiera cogido la palabra! Y en esto cayó. Cuando volvió en sí, manifestó que si había dicho ó hecho algo que les desagradara, que se persuadiesen sus señorías que era por razón de su mal. Tres ó cuatro mujerzuelas que se hallaban junto á mí exclamaron: «¡Ay, qué buen alma!» y lo perdonaron de todo corazón; pero no hay que

hacerles gran caso; pues, si César hubiera dado de puñaladas á sus madres, no hubieran dicho menos. "

BRUTO.—¿Y después de esto se vino tan abatido?

CASCA.—Sí.

CASIO.—¿Cicerón dijo algo?

CASCA.—Sí. Habló en griego.

CASIO.—¿Sobre qué?

CASCA.—Largo tiempo esperarás, si esperas á que yo te lo diga. Sin embargo, los que lo entendían miráronse y sonrieron moviendo sus cabezas; pero para mí fué griego. Podría daros aún más nuevas. Han puesto á buen recaudo á Marulo y á Flavio por haber despojado de sus adornos las estatuas de César. Aun más necedades pudiera referir si las recordara.

CASIO.—¿Quieres cenar conmigo esta noche, Casca?

CASCA.—No: estoy comprometido.

CASIO.—¿Comerás conmigo mañana?

CASCA.—Sí tal, si vivo, si eres de la misma opinión y si tu comida vale la pena de ser comida.

CASIO.—Corriente. Te esperaré.

CASCA.—Hazlo. Salud ambos. (Vasé.)

BRUTO. Con los años, ¡qué áspero se ha vuelto!
Y era, al ir á la escuela, de buen temple.

CASIO. Lo es, aunque tan toscas formas gaste,
Si se trata de audaz y noble empresa.
Su rudeza es la salsa de su ingenio,
Y hace á las gentes digerir sus frases
Con mejor apetito.

BRUTO. Verdad. Te dejo ahora. Si es que quieres
Conmigo hablar, iré mañana á verte,
O á mi casa ven tú, si así te place.

CASIO. Iré. Piensa hasta entonces en el mundo.

(Vase Bruto.)

Henrado eres tú, Bruto; mas sin duda

Ese honrado metal puede en la forja
 Temple perder. Por eso es conveniente
 Que el alma noble con su igual se trate.
 ¿Quién á la seducción siempre fué sordo?
 César me odia; pero quiere á Bruto.
 Si fuese Bruto yo, y él fuese Casio,
 No me engañara, no. Varios escritos
 Esta noche echaré por la ventana
 Cual si partieran de diversa gente:
 Todos hablando del respeto grande
 Con que su nombre se pronuncia en Roma,
 E indicando de paso y con embozo
 De César la ambición. Después, que César
 A la silla se agarre. O lo botamos
 O á soportar mayores males vamos. (Vase.)

ESCENA III.

Roma. — Una calle.

Truenos y relámpagos.

Entran en direcciones opuestas CASCA con la espada
 desenvainada y CICERÓN.

CICERÓN. Casca, salud. ¿Llevaste á casa á César?
 ¿Por qué tan sin aliento y espantado?
 CASCA. ¿No te conmueve ver la tierra firme
 Vacilante temblar? Yo tempestades
 He visto, Cicerón, en las que el viento
 Tronchó con frenesí nudosa encina.
 He visto al mar en su ambición, rugiente,

Hinchado y espumoso, confundirse
 Pretender con la nube amenazante.
 Mas nunca hasta esta noche, hasta ahora mismo,
 Vi tempestades en que el fuego llueve.
 O hay en los cielos intestina lucha,
 O con los Dioses enojado el mundo
 Su destrucción impávido provoca.

CICERÓN. Cierto: ¿Has visto fenómeno más raro?

CASCA. Un siervo—tú de vista lo conoces—
 Alzó su mano izquierda, y flameaba
 Ardiendo cual si fuese veinte antorchas,
 Sin sentir impresión y sin quemarse.
 Aún más—mi diestra aun la espada empuña,—
 Hallé un león rondando el Capitolio,
 que, torvo huyendo, con furor me mira
 Sin dañarme. Cien pálidas mujeres
 En un grupo reunidas, trastornadas
 por el terror, que vieron me juraron
 Ir las gentes ardiendo por las calles.
 En el mercado ayer aves nocturnas
 Vinieron á posar al mediodía
 Graznando y ayeando. Cuando ocurren
 Tales prodigios, no nos digan luego:
 «Es natural y son sus causas éstas...»
 Pues, en mi juicio, anuncios portentosos
 Para los pueblos son que así señalaban.
 CICERÓN. Rara época es; pero estas cosas
 Cada cual interpreta á su manera
 Sin encontrar su conexión precisa.
 ¿Viene César mañana al Capitolio?
 CASCA. Sí; pues á Antonio le ordenó mandarle
 Aviso de que allí mañana iría.
 CICERÓN. Buenas noches. El cielo airado, Casca,
 Impide pasear.

CASCA. Muy buenas noches,
Cicerón. (Vase Cicerón.)

Entra CASIO.

CASIO. Dí, ¿quién eres?

CASCA. Un romano.

CASIO. Por tu voz, eres Casca.

CASCA. Buen oído.

¡Qué horrenda noche, Casio!

CASIO. Noche hermosa
Para un hombre de bien.

CASCA. ¡Quién viera nunca
Un cielo tan airado!

CASIO. Quienes vieran
Tan repleto de orfenes el mundo.
Por mi parte, las calles recorriendo,
Desprecié los peligros de esta noche,
Y cual me ves aquí, desabrochado,
A las centellas desnudé mi pecho;
Y al cruzar los relámpagos azules,
Que el seno abrir del cielo parecían,
Yo me ofrecí cual blanco de su golpe.

CASCA. Pero, ¿por qué tentar así á los cielos?
Toca al hombre temblar y estremecerse
Cuando emisarios mandan tan terribles
Los altos Dioses para espanto nuestro.

CASIO. ¡Cuán torpe, Casca, eres! O te falta
Ese fuego vital que es de romanos,
O no lo muestras. Pálido te veo,
Pusilánime, dándote al asombro
Al ver del cielo la tremenda furia;
Pero si tú las causas comprendieras
Del por qué de esos fuegos, de esas sombras
Que vagan; de por qué brutos y aves

Su calidad y sus instintos pierden;
Por qué los viejos juegan, y los niños
Cavilan, y por qué los seres todos,
Leyes, naturaleza y facultades
Contraviniendo, monstruos aparecen...
Si eso vieras, verías que los cielos
Con su espíritu mismo los animan,
Y como medios de terror los usan
Para anunciarnos monstruosos males.
Ahora bien, Casca: te hablaré de un hombre
Cual la noche que así relampaguea,
Y truena, y los sepulcros abre, y ruga
Como ruga el león del Capitolio;
De un hombre á quien tú iguales y yo igualo
En su íntimo ser, mas que ha crecido
Tan gigante y se muestra tan terrible
Cual estas espantosas conmociones.

CASCA. ¿César no es ése de quien hablas, Casio?

CASIO. Sea quien sea. Músculos y nervios
Hoy tienen los romanos, cual tenían
Nuestros antecesores; mas ¡ay triste!
Muertas las almas ya de nuestros padres,
De madres el espíritu nos rige,
Que es fenebil nuestra humildad indigna.

CASCA. Mañana, según dicen, el Senado
Á César aclamar por rey pretende;
Y exceptuando Italia, en todas partes,
Por mar y tierra, llevará corona.

CASIO. Sé dónde entonces llevaré mi daga.
Casio de esclavitud á Casio indulta.
Así, Dioses, hacéis al débil fuerte;
Así, Dioses, postráis á los tiranos.
Ni alta torre de piedra, ni muralla
Hecha de bronce, ni escondida cárcel,

Ni eslabones de hierro ponderosos
El vigor del espíritu aprisionan.
Harta la vida de mortales trabas,
Siempre el poder de eliminarse tiene.
Esto sé yo, y el mundo entero sepa
Que la parte de yugo que me toque,
Yo sabré sacudir cuando me plazca.

(Sigue tronando.)

CASCA. Y yo también, y á todo el mundo es dado
Su servidumbre cancelar si quiere.

CASIO. ¿Por qué ha de ser tirano entonces César?
¡Pobre hombre! quizás no fuera lobo
Si ovejas no creyese á los Romanos.
León no hubiera sido á no ser ciervos
Los Romanos. Incendio formidable
Con miserables aristas se promueve.
¿Qué andrajo, qué desecho, qué inmundicia
Es Roma que á propósito se juzga
Para alumbrar cosa tan vil cual César?
Pero ¡ay de mí! ¿á dónde me conduces?
Hablo quizás con voluntario siervo;
Tendré que responder de mis palabras,
Mas armas llevo y de peligros mofo.

CASCA. Hablas á Casca, y hablas con un hombre
Que charlatán no es.—Dáme tu mano.—
Procura conjurar estas desdichas,
Y este pie marchará tan adelante
Como el que marche más.

CASIO. El trato acepto.
Ahora, Casca, sabrás que he convencido
A algunos nobilísimos Romanos,
Para una empresa acometer unidos
De honrosas y arriesgadas consecuencias.
Me aguardan en el atrio de Pompeyo

En este instante. En tan horrenda noche
No recorre las calles gente alguna.
Los elementos animar parecen
La obra que traemos entre manos,
Feroz y sanguinaria y espantosa.

CASCA. Apártate, que alguno aquí se acerca.

CASIO. Es Cina. Lo conozco por los pasos.
Amigo es.

Entra CINA.

¿Adónde tan aprisa?

CINA. En busca tuya vengo. ¿Quién es ése?
¿Es, di, Metelo Cimber?

CASIO. No tal; Casca.
Un afiliado en vuestra empresa.—Díme
¿No contabais conmigo?

CINA. Lo celebro.
¿Qué horrenda noche! Extraordinarias cosas
Dos ó tres de los nuestros observaron.

CASCA. ¿No contabais conmigo?

CINA. Sí, por cierto.

¡Oh Casio, si pudieras
Hacer que el noble Bruto nuestro fuese!...

CASIO. Ten calma. Tómame este papel, buen Cina.
Sobre la silla pretorial de modo
Trátalo de dejar que lo hallo Bruto.
Este procura echar por su ventana.
En la estatua del viejo Bruto fija
Este con cera, y vuelve con nosotros
A reunirme en el atrio de Pompeyo.—
¿Están allí Trebonio y Decio Bruto?
Menos Metelo Cimber, todos. Este
Fué á buscarme á tu casa. Cual me ordenas,
Voy á distribuir estos escritos.

- CASIO.** Después ven al teatro de Pompeyo. (Vase Clna.)
Casca, ven, porque antes que amanezca
Ver á Bruto debemos en su casa:
Tres partes de él es mío; todo entero
Se entregará en la próxima entrevista.
- CASCA.** El pueblo en alta estimación lo tiene,
Y aquello que en nosotros fuera indigno,
Su apoyo, por alquimia misteriosa,
Transformará en virtudes y excelencias.
- CASIO.** Lo juzgas bien; su mérito comprendes
Y la gran falta que nos hace. Vamos:
La media noche es ya, y antes del alba
Despertarlo debemos y atraerlo. (Vanse.)
-